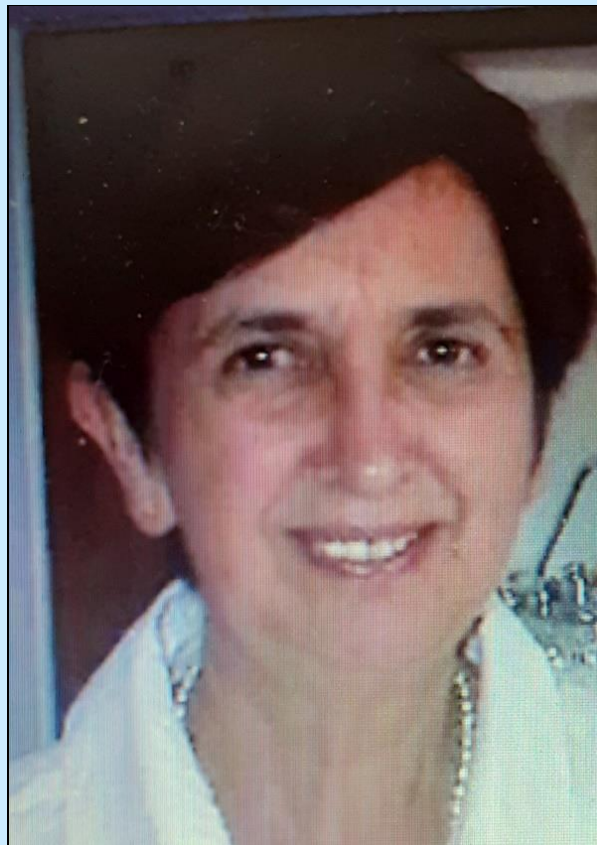


TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

María del Rosario Saavedra Andrade “Rosarito”

(Bogotá,)



Rosarito nació en Bogotá en el seno de una familia muy católica. Hija de Carlos Saavedra González y Matilde Andrade Valderrama, y hermana de Bernardo, Matilde, Clara, Helena y Carlos. De niña aprendió a acolitar la misa en latín, algo excepcional para una niña en el catolicismo anterior al Concilio Vaticano II (1962-1965). Una de las cosas que más gratamente la sorprendió fue cuando el Concilio decidió hacer los cambios litúrgicos, sobre todo hacer las misas en español.

En el seno de su familia vivió las dos tendencias, una a favor del Concilio y sus reformas y la otra que se mostraba desfavorable. A favor estaba su tío el obispo franciscano Luis Andrade Valderrama, a quien la jerarquía por pedido del líder conservador Laureano Gómez, le quitó la diócesis de Santafé de Antioquia, acusándolo de comunista porque denunciaba las atrocidades de la violencia y porque pedía respeto hacia la población liberal. El se radicó en Bogotá y se dedicó a la educación religiosa. Era una persona muy afectuosa que acostumbraba a visitar a la familia de Rosarito los días domingos.

La familia de Rosarito siendo conservadora vivía un ambiente abierto gracias a la influencia del tío obispo, al papá que era liberal, a la sensibilidad social hacia los pobres que imprimió su mamá. Por el lado conservador está su otro tío, el jesuita Vicente Andrade Valderrama, quien fue prominente impulsor y asesor del sindicalismo

católico con el fin de proteger a los obreros de la influencia comunista en los sindicatos. Sin embargo, su influencia sobre su familia no fue tanta como la de su tío el obispo franciscano.

Pero lo que más impactó en Rosarito del espíritu renovador del Concilio fue la encíclica del Papa Paulo VI "Populorum Progressio" (1967), cuando se encontraba estudiando trabajo social en la Universidad Javeriana de Bogotá. Fue para ella, como una ventana que se abría y una dicha muy interna de saber que había toda una expresión que venía desde el Papa Juan XXIII y que emergía como una posibilidad para enganchar el trabajo profesional con la vida y con la fe.

El ambiente de la Facultad de Trabajo Social en la Javeriana era muy abierto. Allí Rosarito conoció a los sociólogos María Cristina Salazar y a Orlando Fals Borda pues había intercambio con profesores de la Universidad Nacional y con los que venían de los Estados Unidos. Por supuesto que la Facultad ofreció una tremenda acogida a la Populorum Progreso. La profesora de desarrollo de la comunidad, María Eugenia Jaramillo, ofrecía el curso de estudio de esta encíclica. Aquí, en este ambiente de apertura, se expresó la rebeldía estudiantil de la época que pasaría luego a Sociología y a Ciencias Humanas, dando comienzo a la primera huelga de estudiantes en la Javeriana en 1965, liderada por Luis Carlos Galán, quien estudiaba Derecho; lo que acarrió el cierre de las facultades de Trabajo Social y Sociología. El padre Alfonso Borrero S.J., quien era el rector, tomó la decisión, al ver que era muy complejo lidiar con esa rebeldía. Este cierre hizo que María Cristina, que había sido la fundadora de Trabajo Social en la Javeriana, se fuera a trabajar a la Universidad Nacional.

El hecho de haber sido niña acólita puso a Rosarito en una perspectiva novedosa para las mujeres en la iglesia. Perspectiva que continuará a lo largo de su vida. En el Centro de Investigación y Educación Popular CINEP participó en el consejo de orientación, fue la primera mujer en ese espacio que había sido de solo jesuitas.

Haciendo sus prácticas de trabajo social, junto con otras compañeras, dio inicio al contacto de la Javeriana con los barrios vecinos: Sucre, El Paraíso, San Martín, Bosque Calderón, lo que les llevó a conocer la opresión y la pobreza en las proximidades de la Universidad, todo un contraste interpelante.

Rosarito siempre se relacionó con sacerdotes y religiosas progresistas, estudiando trabajo social, trabajando en la Javeriana, cuando fue a Bélgica a estudiar sociología con Francois Houtart, quien fue su director de tesis, entre 1974 a 1978. Allí conoció a Geneviève Lemercier, una lúcida socióloga, quien junto con Houtart coordinaba el Centro de Investigación Tricontinental, CETRI y realizaba investigaciones de carácter socio-religioso en Nicaragua, India, Camboya y otros países. En Bélgica tuvo la oportunidad de conocer la experiencia de Camilo Torres, pues en la casa donde se hospedaba estaba el archivo de Camilo y junto con el jesuita Luis Alberto Restrepo, organizó un grupo de estudios sobre Camilo y su historia en Lovaina, sus experiencias vitales e intelectuales.

El primer trabajo que asumió a su regreso a Colombia fue en la diócesis de Barrancabermeja con monseñor Bernardo Arango Henao quien era jesuita, con los sacerdotes Eduardo Díaz y Floresmiro López, junto con varios jóvenes jesuitas, en medio de una situación muy conflictiva por la presencia de los grupos armados. Se sentía por parte de la diócesis una orientación desde la iglesia de los pobres y la teología de la liberación. Una persona que le ayudó a transformar su visión de iglesia fue Eduardo Díaz, quien le mostró lo que era la relación fe, política y vida, y cómo vivir esta complejidad desde la situación concreta de las mujeres.

Fue el acompañamiento a las mujeres lo que dio nacimiento a lo que hoy es la Organización Femenina Popular OFP. Ese proceso venía en camino antes que Rosarito llegara. Floresmiro, Eduardo y una religiosa de la Presentación lo habían iniciado. Barranca se conocía por las tres "P": petróleo, plata y prostitución. Barranca, por ser centro petrolero, había sido famosa por la "trata de blancas" con prostitutas francesas. Había un ambiente cultural para las mujeres muy indigno, las mujeres eran vistas como posibles prostitutas, no había un

respeto las mujeres. La Pastoral Social inicia un trabajo de dignificación de ellas en todos los barrios populares y comenzaron a reunirse en los clubes de amas de casa en las iglesias; todas aprendieron sastrería, cocina, modistería, se volvieron mujeres capaces de tener sus propios ingresos, simultáneamente las mujeres iban leyendo la Biblia, reflexionando sus vidas, en medio de un contexto de lucha. Todas las grandes movilizaciones por la tierra se hicieron en esa época. Gracias a ellas los barrios que eran de invasión se convirtieron en barrios legales, todas comenzaron a tener sus casitas. Eduardo siempre decía que la lucha no podía quedarse ahí porque sería de corto plazo, tenía que haber un horizonte más amplio. Las mujeres con la teología de la liberación tomaron un impulso y con la ayuda del CINEP y de las religiosas en inserción se fue formando un movimiento que fue tomando más fuerza.

Eran mujeres con una fe de carbonero, pero poco a poco en las eucaristías se fue expresando una fe ligada a la política y al compromiso de vida, especialmente las que se hacían en el barrio Las Granjas, el barrio donde era párroco Eduardo Díaz, eran eucaristías donde se cantaba la Misa Nicaragüense y la Misa Salvadoreña, todas aprendieron los cantos, leían en los andenes de los barrios la Biblia, la comentaban y la vivían, en estas eucaristías las mujeres participaban comentando el Evangelio a la luz de los acontecimientos de los barrios, cada vez las mujeres se iban animando más y autoafirmándose; la presencia de Eduardo, Floresmiro y las religiosas las hizo sentir que valían como personas dignas, en la medida que ellas se dignificaban empezaron a surgir ideas, crearon las casas de las mujeres en todos los barrios, habían consultas para las mujeres que sufrían la violencia familiar, se empezó el trabajo con los jóvenes, había un trabajo médico, psicológico, productivo, empezaron a vender lo que producían y crecieron en organización y conciencia a tal punto que tuvieron que romper con la iglesia, ellas eran muy conscientes políticamente, “nacimos con la iglesia, nos fortalecimos con la iglesia pero ahora necesitamos ser autónomas de la iglesia”.

A Rosarito la transformaron las mujeres de Barranca. Gracias al vínculo de fe y a la conciencia creciente de las mujeres comenzaron a ver a los hombres, sobre todo a los del sindicato de la USO, muy machistas, se sentían superiores, consideraban sus huelgas superiores a las luchas populares. Las mujeres eran absolutamente claras, tenían su propio camino y lo consideran tan válido como la lucha de los obreros. Esa fortaleza de las mujeres las hizo enfrentar con situaciones muy duras tanto con la guerrilla como con los paramilitares, se lograron situar con mucha fuerza.

Para Rosarito el futuro de las mujeres en la iglesia y en la sociedad es promisorio precisamente por estar menos ligadas al poder. El patriarcado hizo que las mujeres se desarrollaran más en la vida cotidiana, una de sus mayores fortalezas es el vínculo con el cuidado de los otros, - niños, ancianos, enfermos-, eso hace que desarrollen una espiritualidad sensible a la vida y al sufrimiento, a la solidaridad con otras mujeres, al afecto, tener tiempo para oír a los otros, receptividad para escuchar, estar con las personas cuando las personas lo necesitan, ese es un entrenamiento que han tenido las mujeres, eso es una riqueza muy grande, y desde ahí, dar pasos junto con hombres, ver en el trabajo de masculinidad que se está haciendo para construir relaciones que humanicen el mundo, los hombres y las mujeres tienen mucho más en común de lo que ha sido enseñado...

Uno de los momentos más duros que ha vivido Rosarito fue cuando asesinaron a sus compañeros de trabajo por muchos años en el CINEP, Mario Calderón y Elsa Alvarado, en la madrugada del lunes 19 de mayo de 1997. Ella los recuerda como humanistas solidarios, comprometidos con los más pobres y al mismo tiempo rebeldes en el sentido de querer que las cosas cambiaran en Colombia, fueron visionarios y por eso se fueron al Sumapaz y ahí bautizaron esa reserva civil como la república de las aguas, pioneros en el manejo ambiental y en la creación del ministerio del medio ambiente. Los recuerda en la alegría de la vida y a la vez en el rechazo a la muerte de los defensores de los derechos humanos y de los líderes y lideresas sociales y ambientales que están siendo asesinados en el país.

Hoy Rosarito apuesta por una espiritualidad que ya no está ligada a las religiones, sino una espiritualidad ligada a la búsqueda de trascendencia sin tanto formalismo, una búsqueda de sí y a entender la presencia de Dios en cada persona, descubrir que eso ayuda a ser más amorosos y más compasivos, lleva a una comprensión que en el fondo todos quieren acercarse a Dios, y Dios es como a través de cada uno lo que lleva a la cercanía al otro, al sufrimiento y a la compasión...la espiritualidad a través de la meditación y del silencio...el mundo de hoy de tanto ruido, acelerado, si necesita espacios de silencio...la gente popular también los necesita, hacia el final de su estadía en el CINEP vio que las mujeres populares disfrutaban mucho diez o quince minutos de meditación antes de los talleres, de encontrarse con ellas mismas en su interioridad...Ese momento de encuentro con lo más profundo de cada persona lo ha encontrado poco a poco desde los tiempos de su trabajo en el CINEP y de manera especial con el padre Francisco de Roux a quien agradece de corazón su apoyo espiritual fundamental en su vida.

Testimonio de Ana Mercedes Pereira

“Conocí a Rosarito a mediados de 1986 en el CINEP cuando fui nombrada coordinadora de las Comunidades Cristianas Campesinas CCC y desde entonces tenemos una amistad muy profunda, de respeto, escucha activa y sororidad muy especial en nuestro encuentro con otras compañeras que nos comprometíamos con los pobres, desde una perspectiva cristiana como María Fernanda Barrera, Olga Lucía Álvarez y Graciela Melo. En el mismo año fuimos invitadas a participar en la naciente propuesta de la teología de la liberación desde la mujer, que realizó su reunión Latinoamericana en el CINEP. Participaban en este proyecto Ivonne Gebara, Elsa Tamez, María Clara Bingemer y otras. Posteriormente fuimos invitadas a otras sesiones, una en Lima y otra en Buenos Aires. De otro lado, Rosarito, junto con Manuel Uribe S.J., -en ese entonces director de CINEP-, visitaron continuamente a la desaparecida ciudad de Armero, intercambiando, acompañando en su dolor a personas y familias sobrevivientes y enviando informes sobre la situación y necesidades a instituciones del Estado y a agencias de cooperación internacional. Otro de los aportes de Rosarito a CINEP fue el posicionamiento de la perspectiva de género en esta institución, marcada por una amplia presencia masculina de jesuitas e investigadores, que controlaban el poder en todos los espacios de esta institución.

A finales de los 80s, obtuve una beca para realizar un posgrado en sociología con especialización en trabajo social, en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Francois Houtart fue también mi director. Rosarito a su vez, viajó a Francia para realizar su doctorado en Sociología del Riesgo. En su momento fue la primera mujer en realizar estos estudios y doctorarse en esta área. En Europa tuvimos muchos encuentros, visitas mutuas y fuimos construyendo esta amistad de “aguas profundas”, compartiendo mucho sobre nuestras búsquedas, sueños, proyectos de vida, amores y desamores. Recuerdo que ella me inició en la propuesta de Ira Progoff, cuyo asesor era el P. Alejandro Angulo, jesuita investigador del CINEP. Desde esos años viene nuestra búsqueda de una espiritualidad encarnada y vivida desde una relación de experiencias de vida y silencio. Rosarito vivía en París en un pequeño apartamento que le dejaron Luis Alberto Restrepo y Socorro Ramírez. Ella terminaba su doctorado y yo iniciaba el mío en esta ciudad, así que convenimos con sus dueños continuar con la “embajada del CINEP” en París, ya que en esos años, fuimos visitadas por varios investigadores del CINEP y otras personas vinculadas a ONGs de Derechos Humanos. Eran conversaciones interminables sobre la “horrible noche” colombiana, asesinatos, desapariciones, masacres, desplazamientos, exilios...

A su regreso a Bogotá, Rosarito se integró nuevamente al CINEP y con su experiencia y formación académica, asumió un proyecto de coordinación de la Reconstrucción de Armero. Recuerdo nuestros intercambios sobre esta experiencia, las dificultades tanto desde el Estado, como desde las familias beneficiarias quienes poca experiencia tenían en cuanto a organización comunitaria. La publicación de su libro *"Desastre y riesgo. Actores sociales en la reconstrucción de Armero y Chinchiná"* (1996) fue ampliamente difundido, recoge estas

experiencias teórico-prácticas y consideraciones fundamentales respecto a la prevención de desastres en Colombia. Gracias a su saber y experiencia, es llamada a participar en la reconstrucción de Armenia, destruida por el terremoto de 1999.

En 1994 regresé a Bogotá y Francisco de Roux me invitó nuevamente al CINEP para realizar una corta investigación sobre la Pluralidad Religiosa en Bogotá. Nuevamente y desde mi vinculación como investigadora del área cultural y religiosa, volvimos a encontrarnos con Rosarito. Con los intercambios de todos los equipos ampliamos nuestras miradas sobre la sociedad. El P. Gabriel Izquierdo S.J., me nombró responsable de las relaciones ecuménicas en el CINEP y desde allí asumí varios compromisos, como la coordinación en Colombia del Proyecto Cristianismo, Pobreza y Riqueza, dirigido por Michael Taylor, profesor de la Universidad de Birmingham-Inglaterra.

Cuando salí del CINEP en 1999, creamos, para dar continuidad a este proyecto, la Red Ecuménica Nacional de Mujeres Por la Paz, REMPAZ. Inicialmente trabajamos en Nariño. Putumayo, Caquetá y a partir del 2001 optamos por acompañar a mujeres desplazadas por el conflicto armado, ubicadas en Sincelejo. Durante los primeros 10 años de REMPAZ tuvimos una junta directiva ecuménica, pero posteriormente algunas compañeras se retiraron y creamos una nueva junta, esta vez con Rosarito, entre otras. En Sincelejo vivimos tiempos muy difíciles. El acompañamiento y la escucha de tantos testimonios de dolor, rabia, desesperanza, abandono por parte del gobierno, nos generaban mucha impotencia. Agradezco tanto a Rosarito quien me escuchaba y con toda su sabiduría me ayudaba a tomar decisiones, nos acompañaba en algunos talleres tanto en Tolú como en Bogotá. En diciembre del 2021 la junta directiva se retiró en su totalidad para dar paso a un nuevo proyecto de REMPAZ en Nariño.

Estoy muy agradecida con la Sabiduría Divina, por haber encontrado en mis caminos con Rosarito. Valoro tanto su cariño, dedicación en nuestra junta directiva de Rempaz, y escucha activa, compasiva hacia las mujeres víctimas del conflicto armado que acompañamos en el departamento de Sucre. Pienso que ella tiene ese carisma, de ser incondicional con sus amigas, acompañarlas en momentos de alegría y dificultades y estar pendiente del fluir de sus vidas. Es realmente un regalo de la vida contar con su amistad durante más de treinta años, amistad de cariño, reciprocidad y sororidad”.

Ana Mercedes Pereira Souza

Socióloga, trabajadora social e investigadora

e-mail: anamercedespereira@gmail.com



www.kaired.org.co

Fernando Torres Millán

Educador, teólogo e investigador social

e-mail: fernandotorresmillan@gmail.com